El día en que se pudrieron las flores de lata

Por Shyvirelle

Abril había heredado las llaves del kiosco, pero no su horario. Desde que su padre lo cerró, nadie levantaba la persiana más que para quitar el polvo. Allí seguían las latas de galletas vacías, una balanza sin pesas y un ramo de flores fabricadas con restos de hojalata. Su padre había hecho cada flor a mano para que el escaparate tuviera algo que no se marchitara.

Una mañana de noviembre, Abril sacó el ramo a la luz. Vio que su padre había pintado de blanco un pétalo que en la flor del patio tenía una mancha color vino. Al tocar el pétalo, se le dobló entre los dedos. No era óxido. La superficie antes dura se había vuelto blanda y húmeda, como la de una fruta demasiado madura. Al tocarla dejó en la yema una mancha parda. Los otros pétalos chocaban entre sí con un sonido metálico.

El ramo tenía tres flores grandes, hechas con varios pétalos recortados, y una pequeña, torcida hacia atrás. La primera se parecía a un clavel: capas dentadas, rojas por fuera y plateadas en el centro. La segunda era una margarita blanca. La tercera, una flor amarilla de nombre incierto que su padre había copiado de una planta que crecía junto a las vías. La pequeña no se parecía a ninguna.

Abril buscó humedad bajo el mostrador. No había fugas. La mancha del pétalo desapareció de sus dedos con agua y jabón, pero quedó un olor tenue a tierra cerrada.

Llevó el ramo a Celia, la florista de la esquina. Celia examinó el clavel y soltó una risa breve.

—Tu padre nunca se fijó en lo torcidos que nacen algunos —dijo—. Le faltó el diente roto de un pétalo. Los claveles reales no salen todos iguales.

En ese instante, bajo el pulgar de Abril, una punta roja perdió su brillo. Se abrió una grieta oscura. El pétalo cedió sin ruido y cayó sobre el papel del mostrador como una hoja mojada.

Celia retiró la mano.

—Eso no lo he hecho yo.

Abril recogió el trozo, lo dejó en un plato y no volvió a hablar del asunto con la florista. De regreso, colocó el ramo sobre una hoja limpia. A la mañana siguiente la parte blanda estaba casi deshecha, pero ningún pétalo más se había movido.

La regla comenzó a mostrarse con una precisión que le parecía cruel: no bastaba nombrar una flor ni recordar dónde se había comprado. Había que reconocer un detalle real que su padre había dejado fuera al construirla.

De niña, Abril había pasado muchas tardes en el kiosco mirando a su padre recortar lata con tijeras grandes. Él perseguía formas sencillas: un borde repetido, una corola simétrica, una hoja sin insectos. Decía que la lata era dura y que, al menos, podía ordenarla.

Abril sacó una fotografía vieja del cajón. En ella aparecía una margarita del terreno de atrás, con dos pétalos más cortos porque una rueda de bicicleta la había rozado. Miró la flor blanca del ramo: todos sus pétalos medían lo mismo. Apoyó la fotografía junto a la margarita de metal.

—Le faltan los dos que se habían partido —murmuró.

Un pétalo blanco se ablandó desde la punta hasta el centro. Cayó y dejó en el borde de la hoja un círculo húmedo. Abril no lo tocó. Esperó a que se detuviera. Las demás piezas permanecieron intactas, incluso cuando dijo en voz alta que la margarita era blanca, que tenía centro amarillo y que las había por todo el camino. Solo la diferencia concreta había importado.

La flor de las vías le ocupó una tarde entera. Recordaba el color amarillo y el olor a polvo caliente, pero no la forma. Fue a buscar la planta al terreno, ya convertido en estacionamiento. Entre dos piedras encontró un tallo seco con una hoja torcida por debajo. No podía saber si pertenecía a la misma especie del recuerdo, y no fingió saberlo. Conservó la hoja en un sobre.

Por la noche reconoció otra omisión en la flor de lata: su padre había puesto el tallo completamente recto, aunque el que usaba de modelo se doblaba para crecer por detrás del muro. Lo sabía por la marca de tiza que él había dejado en un dibujo de trabajo, guardado al fondo de la caja. Era un detalle de aquella planta, no una prueba sobre todas las plantas.

Cuando señaló la curva del dibujo, cayó un pétalo amarillo. En el kiosco se mezcló el olor metálico con otro más tenue, parecido al de las hojas después de la lluvia. Abril abrió la puerta; afuera la acera estaba seca.

En los días siguientes, Abril fue descubriendo otras diferencias pequeñas en los dibujos de trabajo y en las fotografías: una muesca que su padre había borrado del clavel, el borde irregular de la margarita, otra curva del tallo amarillo. Cada vez que reconocía una omisión precisa, cedía un solo pétalo. Decir simplemente que una flor era imperfecta no provocaba nada. Cuando los últimos pétalos de las tres flores grandes cayeron al papel, quedaron sus armazones desnudos.

Quedaba la flor pequeña. Parecía tener cinco pétalos desiguales, uno más largo que los demás; al mirarla de lado se veía que era una sola tira de lata plegada cinco veces, sujeta al tallo con alambre. Nunca había sabido qué representaba. Celia tampoco. Los clientes del barrio recordaban el ramo en el escaparate, pero nadie recordaba esa flor torcida. No podían describir una omisión si no sabían qué se había intentado copiar. La flor siguió firme durante seis días.

Abril estuvo a punto de devolver el ramo al cajón. Su padre no estaba allí para preguntarle. Había muerto el invierno anterior, después de una enfermedad larga. Sin embargo, una tarde encontró entre las herramientas una pieza de lata redonda, apenas mayor que una moneda. Su padre había grabado sobre ella una hendidura con el pulgar cuando aún podía trabajar sin que le temblaran las manos.

Recordó entonces el día en que había llevado al kiosco una flor sin nombre que arrancó del patio. Tenía un pétalo plegado sobre otro, como si se hubiera vestido a oscuras. Ella la llamó defectuosa y quiso tirarla. Su padre le pidió que la dejara sobre el mostrador. Más tarde había fabricado una copia y, sin decirlo, enderezado ese pliegue. Conservó la flor de lata aun cuando retiró las otras pruebas imperfectas.

Abril sostuvo la flor pequeña bajo la luz. En el pétalo largo había una unión que pretendía disimular dos capas.

—Aquí faltaba el doblez —dijo, y lo recordó con tanta claridad como el peso del tallo en su mano infantil—. Tú lo alisaste. Pero era la parte que más me gustaba.

La tira de los cinco pétalos se abrió desde la unión y cayó al papel, entera y blanda. Ninguna flor conservaba ya sus pétalos. Abril apartó los cuatro tallos vacíos y dejó libre el lugar que había ocupado el ramo. El refrigerador vacío zumbaba. En el mostrador olía a café recién molido, como cuando su padre iba a abrir la persiana.

Desde aquel lugar vacío del mostrador, una voz dijo:

—Abril.

Reconoció la manera en que su padre alargaba la última sílaba. No vio a nadie. De niña contestaba «ya voy» cada vez que la llamaba desde allí. Esta vez tampoco se quedó callada. Después levantó la persiana hasta que el sol tocó el hueco del mostrador.